

# EL CONCILIO VATICANO II Y LA UNION DE TODOS LOS CRISTIANOS

Declaraciones del Emmo. Cardenal Bea.

E. C. Bianchi, S. J.

Cuando estas líneas lleguen a nuestros lectores estará ya inaugurado y en plena actividad el Concilio Vaticano II. Entonces será el momento interesante para seguir en sus realizaciones las esperanzas y pronósticos que se habían formulado previamente sobre él.

En concreto, y con respecto al problema de la unidad entre los cristianos que había suscitado tanta curiosidad y tanto interés, se podrán contrastar las opiniones formuladas a este respecto por el Emmo. Agustín Cardenal Bea, el campeón de la renovación de la vida espiritual de los católicos en orden a procurar esta unión, con las realizaciones del Concilio.

Creemos, por ello, de interés para nuestros lectores reproducir aquí ahora algunas de las apreciaciones expresadas por él en una entrevista concedida el pasado verano al P. Eugenio C. Bianchi, S. J. en Roma. <sup>(1)</sup>

**SUMARIO:** Uno de los obstáculos que se opone a la unidad de todos los cristianos, católicos y no católicos, es la mutua incomprensión; otro es la falta de autoridad rectora entre los protestantes y su atomización en muchas confesiones diversas. Hay que tener presente que este Concilio no se ha reunido principalmente para conseguir la unidad, aunque sí para caminar hacia ella, fomentando los medios que tienden a intensificar el movimiento ecuménico. Y aunque no se trata de venir a una componenda en asuntos dogmáticos, se procurará aclarar y delimitar el significado de algunos dogmas controvertidos, especialmente el significado de la Iglesia, del Cuerpo Místico, de las relaciones entre la Iglesia y Estado, etc.

P. Bianchi: —Eminencia: ¿cuáles son hoy, según su gran experiencia, los mayores obstáculos a la unidad de los cristianos?

El Cardenal Bea responde: “Hay sobre todo un cúmulo inmenso de falta de comprensión, de resentimientos y de malas interpretaciones entre los cristianos separados. Además, una gran ignorancia sobre los puntos

(1) Véase Eugene C. Bianchi, S. J. “A talk with Cardinal Bea”, “America” August, 11, 1962, pp. 584-590.

de vista que sustenta cada cual. Los errores y las equivocaciones que nos atribuyen nuestros hermanos separados de las Iglesias Orientales resulta increíble. Pero por otra parte, nosotros los católicos carecemos del espíritu de caridad fraterna que nos haga enfocar un poco más objetivamente su modo de proceder; a menudo esto se debe a falta de conocimiento mutuo. Lo mismo puede decirse en relación con las confesiones del Occidente”.

“Pero es alentador el notar que mientras suenan aquí y allá algunas protestas contra el Concilio Vaticano II a los gritos de “romanismo”, “papismo”, el Concilio Mundial de Iglesias rechazó estas reclamaciones declarando: “Todos los cristianos, de cualquier confesión que sean esperan y ruegan porque este acontecimiento histórico ayude al adelantamiento de la causa de la unidad por la cual rogó nuestro Señor”. De esta actitud se hicieron eco muchos otros líderes de comunidades no católicas en todo el mundo”.

“Se podría añadir que otro obstáculo a la unidad lo constituyen muchos católicos a causa de su vida poco edificante. No atrae nada a nuestros hermanos separados el vernos envueltos en empresas poco conformes con los valores del Evangelio”.

P. Bianchi: —Supongo que la falta de una autoridad rectora en la mayor parte de las iglesias protestantes es una dificultad más para la unidad.

Card. Bea: —“Sí, así es. En la mayor parte de las iglesias protestantes no hay una autoridad suprema en materias de fe. Cada cristiano sigue la inspiración que ha recibido directamente del Espíritu Santo. En consecuencia no hay un organismo con el cual la Iglesia Católica pueda discutir oficialmente sobre cuestiones de fe. No hay autoridad alguna que pueda obligar a los fieles protestantes a aceptar en conciencia posibles convenios entre los líderes de sus iglesias y la Iglesia Católica”.

“Se puede caer en la cuenta de la magnitud del problema si se considera que sólo en EE. UU. hay no menos de 250 denominaciones, de las cuales unas pertenecen al “Concilio Mundial de Iglesias” y otras no. Y el mismo “Concilio Mundial” considera una peligrosa desviación de su finalidad específica el embarcarse en conversaciones doctrinales con Roma. Esto no excluye, evidentemente, fructuosas discusiones entre los teólogos. Pero sobre toda esta cuestión hemos de ser pacientes y prepararnos cuidadosamente para sostener conversaciones con alguno que otro grupo separadamente, de aquellos que ofrecen una unidad interna más desarrollada”.

P. Bianchi: —En estos últimos tiempos anteriores al Concilio, los cristianos de todas las confesiones sienten grandes esperanzas respecto a lo que pueda salir de él en este aspecto. ¿Podría decirnos algo sobre ello?

Card. Bea: —“En primer lugar quiero aclarar que este Concilio no pretende directamente la unión, como la pretendían los de Lyon y Florencia en la Edad Media. Acaso el mejor modo de caracterizar a este Concilio sería el verlo a la luz que lo ve el mismo Sumo Pontífice, como “una amable invitación a buscar y hallar aquella unidad por la cual Cristo dirigió a su Padre Celestial aquella oración tan fervorosa”.

“La principal tarea ecuménica del Concilio será el preparar con la ayuda de Dios esta unión eventual, mejorando las relaciones entre católicos y cristianos no católicos. Esperamos que resolviendo algunos problemas que impiden en la actualidad la unidad de la Iglesia, se habrá hecho ya mucho. En otras palabras, la Iglesia debe primero tender a revitalizar su propia vida interior, de modo que pueda presentar a nuestros hermanos separados una imagen más clara de lo que es la cristiandad de acuerdo con el Evangelio”.

P. Bianchi: —¿Podría concretar algunos de los pasos que facilitarían el acercamiento ecuménico? ¿Por ejemplo en el campo del Dogma?

Card. Bea: —“Por supuesto, no se trata de llegar a compromisos en este terreno del dogma, como si pudiéramos servirnos de la doctrina revelada por Dios como de un medio indiferente para la Unidad de la Iglesia. Esto sería contradictorio, porque supondría tanto como buscar la unidad de Cristo, sacrificando al mismo tiempo la verdad de Cristo. Supondría muy poca caridad para con nuestros hermanos separados y más bien socavaría los fundamentos de una posible unidad, porque Nuestro Señor no envió al Espíritu Santo a su Iglesia para alterar las verdades reveladas, sino para guardarlas y explicarlas. Los Apóstoles y sus sucesores no tienen un poder soberano sobre este depósito que se les ha confiado; son sólo “administradores y dispensadores” del Verbo”.

P. Banchi: —Pero esta intransigencia dogmática ¿significa que se cierre la puerta a todo intento de unión doctrinal con nuestros hermanos separados?

Card. Bea: —“De ningún modo. Sin sacrificar ninguna verdad revelada, el Concilio puede ayudarnos a entender con mayor claridad el conjunto de la revelación. Pío XI dijo que lo mismo los católicos que los no católicos somos víctimas de prejuicios y malas interpretaciones. Estas últimas brotaron en parte de las controversias teológicas con la Reforma, en parte de otros acontecimientos posteriores, pues el pensamiento religioso y la teología científica se han desarrollado de diferente modo entre los católicos y entre los no católicos. El Protestantismo ha sentido también la fuerte influencia de los sistemas filosóficos modernos, por hallarse menos atado a la tradición y menos sometido a un control superior. En consecuencia es muy difícil, por no decir imposible, que nuestros hermanos separados puedan entender la doctrina católica en su terminología tradicional. Y a su vez, es muy costoso para los católicos el penetrar en el verdadero sentido del pensamiento protestante, por motivos relacionados con nuestra propia historia. Por tanto el Concilio podría explicar la doctrina católica teniendo en cuenta los cambios de expresión que se han manifestado en nuestros hermanos desde los tiempos de su separación. El Santo Padre ha declarado a este propósito que el Concilio debe dedicar especial cuidado a las puras fuentes de la revelación y de la tradición. Así puede esclarecer la substancia del pensamiento y vida católicos, del cual la Iglesia ha sido la depositaria y maestra durante siglos”.

“A veces nuestras formulaciones teológicas no expresan siempre toda la profundidad y riqueza de la doctrina revelada. Ello es debido a que por razones de evolución histórica se desarrollaron tan sólo algunos aspectos particulares de la misma. El Concilio podría, en consecuencia, y teniendo

en cuenta las aspiraciones de nuestros hermanos separados, sus problemas y sus dificultades, desarrollar especialmente aquellos aspectos de la verdad revelada que más cuadran con sus necesidades íntimas y sus esperanzas”.

P. Bianchi: —Su Eminencia habla de una formulación más clara de la doctrina católica. ¿Cuáles son las corrientes del pensamiento moderno que pudieran contribuir especialmente a esta renovación?

Card. Bea: —“Creo que nuestro tiempo es muy propicio a tal empresa, porque hay ambiente de creciente interés hacia la historia y hacia las estructuras sociales de la vida. Los investigadores se dedican a buscar el origen de las ideas y señalar su evolución histórica. Estudian los medios en que tales ideas brotaron, los canales por los cuales llegaron hasta nosotros y las influencias a que se han visto sometidas durante ese proceso. Este método histórico y sociológico ha contribuido grandemente al desarrollo de las investigaciones bíblicas en nuestros días”.

“Los estudios escriturísticos han hecho lo posible lo mismo para los Protestantes que para los Católicos el entender mejor alguna doctrinas, tales como por ejemplo el misterio de la Iglesia. Este enfoque teológico actual puede ser un medio para que el Concilio haga la doctrina católica más accesible a los no católicos”.

P. Bianchi; —Como Vuestra Excelencia ha observado justamente, parece imperativo que antes que los cristianos avancen por el camino de la unidad, se aclare el significado de la Iglesia misma. Porque a veces los aspectos sacramental y espiritual de la Iglesia quedan escondidos a los ojos de nuestros hermanos separados, por los aspectos jurídicos y de organización. ¿Prevé V. E. cuál ha de ser la actividad conciliar en este punto?

Card. Bea: —“Sí. La doctrina de la naturaleza de la Iglesia es uno de los hitos mayores que señalan la separación de los cristianos. Ni el Concilio de Trento ni el Vaticano I llegaron a tratar esta cuestión fundamental con la profundidad y extensión que hubiera sido de desear. Por ello será una de los cometidos del próximo Concilio el explicar más ampliamente la naturaleza de la Iglesia, cometido que hoy han hecho más fácil los importantes estudios de los teólogos y en especial la penetrante explicación de la Iglesia como el Cuerpo Místico de Cristo que debemos a Pío XII”.

“Varios autores protestantes admiten que la encíclica sobre el Cuerpo Místico presenta a la Iglesia Católica bajo un ángulo poco común hasta ahora. La doctrina del Cuerpo Místico con su base escriturística ilustra y explica, de un modo que no es sólo el jurídico y de organización, muchos puntos importantes en los que los Protestantes han tropezado hasta ahora. Por ejemplo esta doctrina arroja luz sobre la infalibilidad de la Iglesia, de su Cabeza, sobre la estructura jerárquica de la Iglesia, las relaciones entre el Papa y los Obispos, sobre la función y lugar indispensable de los laicos en la Iglesia de Dios y sobre la eficacia de los sacramentos”.

“Podría añadir que en el delicado problema de la primacía del Papa, ha contribuido Juan XXIII a una mejor inteligencia ejerciendo su primado con un impresionante espíritu de humildad, caridad y buena voluntad. Ha demostrado que la Iglesia Romana entiende ejercer su primacía no por deseo de dominación, sino como un servicio evangélico, como una “diaconía”.

P. Bianchi: —El pasado año publicó V. Excelencia una declaración sobre la relación de todos los cristianos con el Cuerpo Místico de Cristo. Este punto parece importante para iniciar el diálogo ecuménico.

Card. Bea: —“Usamos el término “hermanos separados” con mucha frecuencia hoy día. Este término es mucho más que una manera cortés de hablar: expresa una profunda verdad cristiana”.

“Todos los que ha sido bautizados válidamente en Cristo, aun fuera de la Iglesia Católica, están unidos orgánicamente a Cristo, a su Cuerpo Místico. Pertenecen en sentido verdadero a la Iglesia, aunque no en su sentido total. Aquellos que con toda sinceridad aceptan y viven en la fe en la que fueron nacidos y educados, reciben —en virtud de su bautismo— las ayudas necesarias para llevar una verdadera vida cristiana. Y se hallan en camino de salvación por razón de su adhesión fundamental a la Iglesia de Cristo. Esperamos que el Concilio se manifieste con toda claridad en este punto”.

“Por otra parte, con todo, debemos declarar claramente también que estos hermanos separados no forman parte del organismo visible de la Iglesia, y que por tanto se hallan privados de muchas gracias. En efecto, les falta la completa unidad de fe, el uso de varios sacramentos que ellos no reconocen como tales, así como la eficaz dirección de la Jerarquía instituida por Cristo. Y por ello se hallan privados de muchas gracias que Cristo dispensa por medio de la Iglesia a aquellos que pertenecen a ella en el sentido más completo. Debemos, consecuentemente, laborar, desear y orar de modo incesante porque todos los bautizados puedan participar en la totalidad de verdad y gracia que emana de Cristo y su Iglesia”.

P. Bianchi: —¿Qué pasos considera V. Eminencia que el Concilio pudiera dar en orden a vigorizar el mismo movimiento ecuménico?

Card. Bea: —“Creo que el Concilio pudiera insistir en la seria obligación que tienen los Católicos de tomar parte activa en la ayuda a sus hermanos separados”.

“Porque hay medios para promover la unidad que está a disposición de todos. Y el primero de todos la oración constante por los cristianos del mundo entero. El Santo Padre ha urgido vigorosamente el empleo de este medio, como lo ha hecho también el “Concilio Mundial de Iglesias” en su reunión de Nueva Delhi. En segundo lugar: esta oración debe ir acompañada por el sacrificio: la oferta diaria de nuestros trabajos y sufrimientos por esta intención de la unidad. Finalmente, debemos fomentar con respecto a nuestros hermanos separados una actitud de sincera caridad cristiana. Nuestra intransigencia dogmática —que es por otra parte una postura absolutamente necesaria en materias de fe— y el recuerdo de pasadas luchas y ofensas, han endurecido y cerrado nuestros corazones con demasiada frecuencia, si no hasta llegar a odiarnos, si por lo menos hasta un estado habitual de indiferencia y sospecha”.

“El Papa Juan XXIII nos ha dado un excelente ejemplo de esta clase de caridad. Cuando partió de Bulgaria (que es cristiana ortodoxa en un 85 por ciento) después de pasar allí diez años como Delegado Apostólico, aludió en su discurso de despedida a una costumbre irlandesa que consiste en poner una vela encendida en tiempo de Navidad junto a la ventana, para dar de ese modo a entender a José y María que allí vive una familia que desea recibirlos en su casa. El Santo Padre dijo: “Donde quiera que me halle, aunque sea en el extremo del mundo, si pasara por delante de mi casa un búlgaro verá una candelita encendida en la ventana. Llame a a la puerta, sea católico u ortodoxo, y diga tan sólo “aquí está un hermano de Bulgaria”. Bastará esto para que reciba en mi casa la más calurosa y afectuosa hospitalidad”.

"De esta actitud caritativa es de donde brotará la mutua comprensión y la estima religiosa recíproca que se sobreponga a los resentimientos antiguos y a los falsos prejuicios y adelante la hora en que seamos de nuevo "un solo rebaño con un solo pastor".

P. Bianchi: —¿Qué puede hacer el Concilio en orden a incrementar la colaboración con los cristianos no católicos?

Card. Bea: —"En el terreno teológico se pueden instaurar con fruto discusiones entre los que se hallen preparados para esta labor".

"Pero también hay otros terrenos de colaboración mutua, tanto en la vida ciudadana como social". "Qué cosa más hermosa sería el que los cristianos de todas las confesiones laboraran en estrecha armonía por la paz internacional: por lo derechos humanos de los grupos minoritarios y raciales; por el desarme; por el progreso social de las naciones en período de desarrollo. Nunca seremos unos en la fe si no lo somos antes en la caridad".

P. Bianchi: —¿Cree V. Exc. que ayudaría el que la Iglesia adopte una postura oficial de positiva tolerancia en general y especialmente en una sociedad pluralística?"

Card. Bea: —"En el mes de Junio de este año la Comisión Central del Concilio consideró el problema de las relaciones entre la Iglesia y el Estado, y nuestro Secretariado presentó algunas sugerencias sobre libertad religiosa".

"Note Ud. que no digo "tolerancia" que es un concepto más bien negativo, sino libertad religiosa, que consiste en reconocer positivamente el derecho de todo hombre a seguir los dictámenes de su propia conciencia en materia religiosa. Consiste también en el reconocimiento de los deberes de la sociedad civil (del Estado) de respetar y proteger en la práctica el inalienable derecho del ciudadano a la libertad religiosa".

"En nuestra proposición tratamos el mismo tema que el Papa Pío XII de santa memoria trató en su célebre Alocución a los Juristas Católicos en 1953. Como Ud. puede ver, en nuestro escrito proponemos a discusión un tema que es de la mayor importancia hoy día en una sociedad pluralística. Y me atrevería a añadir que nuestra noción de libertad religiosa tiene un valor y aplicación universal y no es aplicable solamente a éste o aquel país. Por supuesto, hace falta proceder con gran prudencia en la aplicación de estos principios a las circunstancias de cada paso".

El eminentísimo purpurado continuó respondiendo a otras preguntas del P. Bianchi sobre ampliar los contactos y los diálogos con los no católicos, educación ecuménica en las escuelas primarias, secundarias y universidades, sobre cooperación en la defensa de la ley moral y de nuestra común herencia cristiana, sobre el hacer mayor uso de la Biblia para la predicación, que tienen mayor aplicación en EE. UU. y que en cierto modo se hallan ya respondidas en las preguntas anteriores.

Sobre la utilidad de las discusiones teológicas observó el Card. Bea:

"No son disputas al estilo del siglo XVI y su propósito no ha de ser, como ocurre en los debates políticos, formular compromisos acerca de punto controvertidos. Tal cosa supondría una infidelidad a Cristo y a su doctrina. Es más bien cuestión de entender el punto de vista de la otra parte y de presentar la posición propia de manera que se puedan delimitar mejor las áreas de acuerdo y las de diferencia; así se pueden orientar mejor y profundizar más las diversas investigaciones".